

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El Tío Wiggily y la Niña Pecosa

Un día de verano, el Tío Wiggily iba dando saltitos por el bosque cuando, al detenerse para beber un poco de agua que las nubes de lluvia habían dejado caer en la copa de una flor de Jack-in-the-pulpit, el señor conejito oyó decir a una niña:

—Oh, ¡ojalá pudiera quitármelas! Ojalá pudiera frotarlas con papel de lija o algo así. He intentado con limón y vinagre, ¡pero no se quitan!

El Tío Wiggily se detuvo y se frotó la punta de su rosada y centelleante nariz con el ala de su alto sombrero de seda.

—Esto es muy extraño —se dijo el tío conejo—. Me pregunto qué habrá intentado quitarse con el limón. Parece muy infeliz esa niña.

El tío conejo miró a través de los árboles y, sentada en un tronco verde y musgoso, vio a una niña de unos diez o doce años. Llevaba un espejo en la mano y, mientras miraba su imagen en el espejo, no paraba de decir:

—¿Cómo puedo quitármelas? ¿Cómo puedo hacer que desaparezcan para estar bonita? Oh, ¡cómo las odio!

“¿Qué diablos puede pasar?”, pensó el Tío Wiggily.

Porque, como ya les he dicho, el señor conejito era ahora capaz de oír y entender la conversación de las niñas y los niños, aunque él mismo no podía hablar ese idioma.

Saltó un poco más cerca de la infeliz niña sobre el verde tronco musgoso, pero el conejito pisaba tan suavemente sobre la alfombra de hojas del bosque que apenas hacía ruido, y la niña del espejo no llegó a oírlo. —Me pregunto si diciendo un versito, como los que he leído en los libros de hadas, se irían —murmuró la muchacha—. He intentado todo menos eso. Lo haré; ¡diré un verso mágico! Pero tengo que inventar uno, porque nunca he oído nada parecido en ningún libro.

Pareció pensar profundamente durante un momento y luego, cerrando los ojos y mirando al sol que brillaba entre los árboles del bosque, la niña recitó este pequeño verso:

—Sol, sol, ¿quién las puso en mí? Haz que se vayan de aquí. Entonces seré como las demás, ¡Feliz todo el día, feliz!

—Esto es como un rompecabezas o un acertijo —susurró el Tío Wiggily para sí, mientras permanecía oculto detrás de un arbusto cerca del tronco—. ¿Qué es lo que quiere que el sol haga desaparecer? No puede ser lluvia, ni nubes de tormenta, porque el cielo está tan azul como los ojos de un bebé. Me pregunto qué será.

Entonces, cuando la niña recogió de nuevo el espejo y se miró en él, el Tío Wiggily vio el reflejo de su cara.

¡Estaba cubierta de pequeñas pecas marrones!

—¡Jaja! —canturreó suavemente el Tío Wiggily para sí mismo—. Ahora lo entiendo. Esta niña es infeliz porque tiene pecas. Cree que no está bonita con ellas. Si lo supiera, esas pecas demuestran lo fuerte y sana que es. Demuestran que ha jugado al aire libre y al sol, y que

vivirá para ser feliz mucho, mucho tiempo. ¡Pecas! Debería alegrarse de tenerlas, en vez de lamentarlo. Pero la muchacha del tronco mantenía los ojos cerrados, apretando el espejo en la mano, y mientras levantaba la cara hacia el sol recitaba otro verso de lo que creía que era un encantamiento místico.

Esto es lo que dijo:

—Pecas, pecas, ¡fuera de aquí! Ya no regresen más a mí. Haz de mi rostro algo hermoso de ver, y entonces feliz volveré a ser.

Lentamente, ante la mirada del Tío Wiggily, escondido detrás del arbusto, la niña abrió los ojos y levantó el espejo. Por encima de su hombro, el señor conejo aún podía ver las pecas en el espejo; las queridas, marrones, honestas y sanas pecas. Pero cuando la muchacha las vio, dejó caer el espejo, escondió la cara entre las manos y se echó a llorar:

—¡Oh, no se fueron! ¡No se han ido! Ahora nunca seré hermosa.

El Tío Wiggily centelleó su rosada nariz, pensativo.

—¡Esto está muy mal! —dijo el señor conejito—. Me pregunto cómo puedo ayudar a esa niña —porque, desde que había ayudado al Niño Dolor de Muelas dejando que el Dr. Zarigüeya fingiera arrancarle un diente dolorido, el señor conejo quería hacer otros favores a los niños que lo querían.

—Me gustaría hacer feliz a esa niña, incluso con sus pecas —dijo el conejo—. Me iré dando saltitos por el bosque, y tal vez me encuentre con alguno de mis amigos los animales, que me mostrará el camino.

El señor conejo miró amablemente a la muchacha del tronco. Ella sollozaba, y no lo vio ni lo oyó, mientras murmuraba una y otra vez:

—¡No me gustan las pecas! ¡Las odio!

El Tío Wiggily se alejó saltando a través del bosque. No había ido muy lejos cuando oyó a un pájaro que cantaba una hermosa canción. ¡Oh, qué alegre y feliz era aquella canción!

—¡Buen día, Sr. Pájaro! —saludó el Tío Wiggily, pues ya saben que es el pájaro padre quien canta la canción más dulce. La madre pájaro está tan ocupada, supongo, que tiene poco tiempo para cantar—. Estás muy contento esta mañana.

—Sí, Tío Wiggily, estoy muy feliz —respondió el Sr. Pájaro—, y mi esposa también. Ella está arriba en el nido, pero me ha dicho que baje aquí a cantar una canción alegre.

—¿Por qué? —preguntó el conejito.

—Porque vamos a tener pajaritos —fue la respuesta—. Hay algunos huevos en nuestro nido, y mi compañera está sentada sobre ellos para mantenerlos calientes. Pronto saldrán pajaritos y yo cantaré una canción aún más alegre.

—Qué bonito —dijo el Tío Wiggily, pensando en la infeliz niña pecosa del tronco—. ¿Puedo ver los huevos en tu nido?

—Por supuesto —respondió el padre cantor—. Nuestro nido está en un arbusto bajo, pero está bien escondido. Te mostraré. A la Sra. Pájaro no le importará que mires.

El pájaro padre revoloteó hacia el nido, y la Señora Pájaro levantó sus esponjosas plumas para mostrarle al Tío Wiggily unos preciosos huevos azules.

—Pero, ¡caramba! ¡Tienen pecas! — exclamó el señor conejo—. ¿No están tristes ustedes porque tienen huevos pecosos? Pues sus pajaritos también tendrán pecas. Y si son niñas, llorarán.

—¿Por qué? —preguntó el Sr. Pájaro sorprendido—. ¿Por qué llorarán nuestras pajaritas?

—Porque tendrán pecas —respondió el conejo—. Acabo de ver una niña en el bosque llorando porque es pecosa.

—¡Tonterías! —protestó la Sra. Pájaro—. En primer lugar, mis huevos no tienen pecas, aunque lo parezcan. Mis huevos son manchados, o moteados, y no serían ni la mitad de bonitos si no estuvieran coloreados de ese modo. Además, al estar manchados como están, no se ven tan fácilmente en el nido. Y, cuando salgo volando a buscar comida, las serpientes malas o los gatos no pueden ver tan fácilmente mis huevos para comérselos. Me encantan mis huevos pecosos, como tú los llamas.

—Bueno, son bonitos —admitió el Tío Wiggily—. Pero, ¿sus pajaritos serán pecosos también?

—Para nada. ¡Oye, Tío Wiggily! —cantó el Sr. Pájaro—. Si pudiéramos traer aquí a esa niña para que viera nuestros huevos moteados, y supiera lo bonitos que son, aunque sean lo que ella llamaría “pecosos”, ¿no la haría eso más feliz?

—Tal vez —dijo el conejo—. No lo había pensado. ¡Lo intentaré! No tendrás miedo de dejarla ver tus huevos, ¿verdad?

—No —respondió la madre de los huevos pecosos—. Trae aquí a la niña infeliz, y el Sr. Pájaro y yo nos esconderemos entre los arbustos mientras ella se asoma a nuestro nido.

—¡Lo haré! —dijo el Tío Wiggily.

Saltó por el bosque y pronto llegó al lugar donde la niña pecosa seguía sollozando en el tronco.

—¿Cómo voy a conseguir que me siga por el bosque para ver el nido si no puedo hablarle? —susurró el Tío Wiggily.

Entonces se le ocurrió un plan.

—Le tiraré un trocito de corteza de árbol —se rio el conejito—. Eso hará que levante la vista y, cuando me vea, me alejaré un poco. Ella me seguirá, pensando que puede alcanzarme. Pero yo me adelantaré y la llevaré al bosque. Quiero hacerla feliz.

El conejo lanzó un poco de corteza, golpeando a la niña en la cabeza. Ella miró a su alrededor, y entonces vio al Tío Wiggily, vestido como estaba con su alto sombrero de seda y su muleta para el reuma a rayas rojas, blancas y azules.

—¡Oh, qué conejo tan gracioso! —exclamó la niña, sonriendo entre lágrimas y olvidando las pecas por lo menos por un momento—. Me pregunto si podré atraparte.

—Bueno, por lo que sé, no —susurró el Tío Wiggily para sí mismo, pues sabía lo que la niña había dicho—. Pero dejaré que pienses que puedes.

Saltó un poco más lejos y la niña lo siguió. Pero justo cuando pensaba que iba a poner sus manos sobre el

conejo, el Tío Wiggily saltó y la niña no lo vio. Aun así, la niña lo siguió y pronto el Tío Wiggily la condujo a los arbustos donde los pájaros habían construido su nido. El Sr. y la Sra. Pájaro estaban mirando; y cuando vieron al Tío Wiggily y a la niña pecosa, el Sr. Pájaro se puso a cantar. Cantaba al cielo azul, a las aguas ondulantes de sol y a las dulces brisas perfumadas con flores de manzano.

—¡Oh, qué canción tan bonita! —murmuró la niña pecosa—. Aquí deben de vivir algunos pájaros. Me pregunto si podría ver su nido y sus huevos. No les haría daño por nada del mundo —susurró.

El Tío Wiggily se retiró y se perdió de vista. La niña miró a su alrededor en busca de los pájaros cantores, y justo entonces el viento apartó algunas hojas y vio el nido. Pero vio algo más que el nido, pues vio los huevos de los que nacerían pajarillos. Y, además, vio que los huevos estaban manchados o moteados, ¡tan moteados como ella misma!



—¡Oh! ¡Oh! —murmuró la niña, juntando las manos mientras miraba los huevos moteados del nido—. Tienen manchas marrones, como mi cara. Son huevos pecosos, pero ¡qué bonitos son! Nunca supe que algo pecoso pudiera ser hermoso. No lo sabía. ¡Oh, qué maravilla!

Mientras miraba los huevos, el Sr. Pájaro volvió a cantar, una canción más dulce que antes, y el viento sopló suavemente sobre el rostro pecoso de la infeliz niña; no, ahora no era infeliz, pues sonreía y ya no tenía lágrimas en los ojos.

—¡Cuánto me alegro de que el gracioso conejo me haya conducido al nido de los huevos pecosos! —dijo la niña—. Me pregunto dónde estará.

Miró a su alrededor, pero el Tío Wiggily se había marchado dando saltitos. Había hecho todo lo que se necesitaba de él.

La madre pájaro revoloteó suavemente hacia su nido, cubriendo los hermosos huevos moteados con sus plumosas alas. No tenía miedo de la niña. La niña extendió la mano y acarició tímidamente a la madre. Luego se tocó suavemente las mejillas pecosas.

—Nunca más me importará —susurró—. No sabía que las pecas pudieran ser tan bonitas. ¡Me alegro de tenerlas! La niña pecosa se alejó, dejando a la madre pájaro en el nido, mientras el padre de los huevos moteados, que pronto serían pajaritos, cantaba su canción de alegría; y con una alegre sonrisa en el rostro, volvió al tronco y, arrojó el trozo de espejo a un profundo manantial, sin volver a mirarse en él.

—Ya no te necesito —dijo, mientras el cristal volaba por los aires—. ¡Ahora sé que las pecas pueden ser hermosas!